

El sapo

El helicóptero, jueves, mediodía, cruzó Madrid como un enorme pellicano, con las sentencias en el buche. Voló sobre Moncloa, sobre la pasarela del Bernabéu —bajo la que se plantaban los 24 árboles del Mundial—, sobre «Antonio Maura», y enfiló la prisión de Alcalá de Henares. Había atasco en la carretera de Barajas, y en su coche atrapado, un ministro rastrea, como un cazador, inútilmente, el dial de la radio. Sabía que Leopoldo Calvo-Sotelo había dejado de ser presidente de Ucedé el domingo en Zaragoza. El «poder militar», representado por Caruana, había sentado al poder civil en sillas de tijera, de vieja verbena de los años cuarenta. No era ni siquiera el banquillo de los acusados: las hermosas sillas de terciopelo rojo con flecos que se pusieron en Campamento para Miláns del Bosch y Tejero. Ni siquiera las flexibles sillas anatómicas de acero canadiense de la OTAN. Ni los mullidos «pullman» del hemicio que los tenientes del «anorak» habían mandado cambiar por el suelo a las seis y media de la tarde. Los dos presidentes de las Cámaras interrogaron con la mirada al jefe de las Fuerzas Armadas, Calvo-Sotelo. Algunos ministros formaron piña. Era mucho sapo: desde aquellas frágiles sillas de cantina era bien fácil derribar a un Gobierno. Sólo un partido humillado en las urnas podía recoger aquel reto. «Veremos qué sillas le pondrán a los socialistas», dijo alguien, y el presidente del Gobierno alzó los bajos de sus pantalones y se sentó imperturbable. Un ministro hizo el chiste macabro, «¡si sienten!», y el «poder civil» se sometió, un siglo más, a las circunstancias sobre la débil seguridad de aquellas tablas. Se supo entonces quién había escrito los textos que se leían por los altavoces, y, bueno, allí empezó a romperse para siempre Ucedé. El que fue a Sevilla perdió la silla.

El helicóptero

Aterrizó, llovía, sacaron el «ataché» cargado de «considerandos» y dicen que alguno de los condenados maldijo como en una película barata del «farwest». El 23 de febrero de 1981, el día más largo de este medio siglo, terminaba el 3 de junio: cuatrocientos sesenta y cinco días; ciento veintitrés años de condenas viajando a bordo del helicóptero. «El gran golpe» no fue diseñado sólo para quedarse con la Moncloa, sino para cargarse la democracia y la Corona si la Corona no aceptaba convertirse en prisionera del golpe. ¿Y qué pasó, qué llevó el helicóptero del 3 de junio hasta Alcalá de Henares...? La noticia de que el Estado sobrevivía a «el golpe». Que la democracia sobrevivía a un juicio donde cada cerilla que se prendía para encender un cigarrillo parecía que iba a hacer saltar al país. Que el Ejército no aceptaba, al fin, el «proceso a la Corona» ni el «proceso a la Corona», y que, encima, en la cárcel para más de un

Jornada de reflexión

Pedro RODRIGUEZ

Sillas de tijera

cuarto siglo a los dos mayores mitos profesionales de la posguerra: Miláns del Bosch y Tejero. Y que después de todo eso, de la llegada del helicóptero con el mensaje, el país se iba a ver a Rummenigge, a Arconada y a Maradona. El sueño de una noche de 23 de febrero.

Diez minutos después de la llegada del helicóptero muchos políticos se lanzaron sobre las sentencias con la misma inmadurez con que un sector del Ejército quiso manipular el juicio. Se lanzaron quienes en el combalache del consenso permitieron este engendro de legislación actual para delitos militares, que ni es civil ni es militar. Los que pactaron esa monstruosidad de «los codefensores». Algunos que tienen guardados datos e información del 23 de febrero y permiten que «el elefante blanco» se esté paseando por la calle. Los que no olieron ni por el forro hace tres años que eso de la «obediencia debida» era una aberración legal que no hacía si no empollar el huevo de serpiente del golpismo español. Quienes permitieron, por inhibición, que se llegase al gran cerco y a la gran calumnia al Rey. Fue la legislación del consenso la que obligó al Ejército a juzgarse a sí mismo. A partir de ahí no se podía decir: «Harán ustedes una farsa», y cuando Alfonso Guerra pase revista, como ministro, a las Fuerzas Armadas es posible que le pongan también sillas de tijera, aunque hará bien en no tolerarlo. El 23 de febrero murió este 3 de junio, y hubiera sido fascinante, después de tanta indignidad en los golpistas, un poco de grandeza en algunos políticos, que a las cinco de la tarde del jueves perseguían a los intolerables tenientes del 23-F como si fueran sus nuevos rehenes. No es permisible que un hombre que entra metralleta en mano a secuestrar diputados esté ahora en la calle y en el Ejército, pero esa es «la obediencia debida», una de las enormes lagunas de una legislación de combalache a la que debe retirarse la grúa, mientras el señor ministro de Defensa hace endecasílabos sin el coraje histórico de presentar su dimisión. Bueno, da igual. Yo escribo siempre sobre el 23-F con un tarjetón ante mí de Tejero Molina en el que me dice: «Confío en que dentro de muy poco tenga usted que presentarme personalmente sus disculpas.» Ya, no. Ya el golpismo se ha puesto caro para los cabezas de serie. La democracia ha podido morir a lo largo de estos cuatrocientos sesenta y cinco días y éste 3 de junio pudo convertirse en un golpe de

Estado jurídico. Ya, no; ya, no; ya, no. Ya el helicóptero ha vuelto a Madrid y los «presuntos» han dejado de ser presuntos, y el domingo muchos españoles cogerán el video del 23-F y grabarán encima el futuro: el primer gol de Juanito ante Honduras.

El nuevo orden

Hace, yo qué sé, dos años era impensable que una Junta electoral decidiese, en principio, a favor del socialismo. Estamos asistiendo al fenómeno político más hondo de los últimos veinticinco años: la institucionalización de Felipe González. Hace cinco años como oposición alternativa. Desde hace semanas como poder. Felipe está recibiendo tratamiento de presidente de Gobierno. Lo es virtualmente. Le puede pasar lo que al Barcelona: que llevaba ocho puntos de ventaja y al final perdió la Liga, pero los poderes fácticos «huelan Felipe». Está siendo investido día y noche, y parece como si sólo faltara el enojoso trámite de las urnas. González y sus técnicos han hecho una operación inteligentísima en Andalucía: han arrebatado el «copyright» de la moderación y han dejado al centro y a los empresarios como los jabalíes. No tiene fecha libre para cenar Felipe, y entre él y la Moncloa sólo hay una valla: Fraga. «El «ring» está montado para esa pelea electoral. Lo del medio ya no cuenta. Lo difícil es que Fraga llegue a tiempo. Ha perdido años intentando hacer el centrismo, la apertura; luego se dejó presentar como el pim-pam-pum de la transición y fue el dique que contuvo la riada de la extrema derecha que hubiera invadido todo. Se dejó arrebatar todos sus inventos y ahora va a ser institucionalizado como la oposición al socialismo del 83 a 87.

Ese es el «nuevo orden». Lo demás es tierra de nadie, franjas, margen, «apartheid». Calvo-Sotelo ha entrado en trance. Permanece, dice un amigo, «como una estatua de la isla de Pascua». Es verdad: parece el dios Rapanui, impasible, hierático, viendo los barcos llegar. Es el mismo «otoño del patriarca» de Adolfo Suárez, la misma agonía, el mismo y larguísimo «22 de febrero». Es la maldición egipcia de los habitantes de la Moncloa: bajan las persianas, se sienten islas, rompen los relojes y sólo confían en el tiempo. Aceptan todas las sillas de tijera, y como dice un ministro: «¿A dónde vamos a huir políticamente? ¿A dónde quieres que vaya Rodolfo, por ejemplo? No tenemos más remedio que esperar aquí, a que nos cazen

Guerra y sus muchachos como conejos.» Así están los señores ministros, acorralados, tirando dentelladas como lobos solitarios, esperando la hora final. Le han dicho de todo a su presidente: «Aquí no hay líder.» Hasta Rosón ofreció, creo, su dimisión. Nada: la estatua de la isla de Pascua permanece muda, e, inevitablemente, un golpe civil para desalojarle el poder de Ucedé —no de la Moncloa, ojo— se prepara por momentos. En realidad al Estado le preocupa más que el desembarco del socialismo el que el Poder viaje en un barco roto, lleno de agujeros y desmoralizado, como Ucedé. Eso fue peligroso el 22 de enero y eso es peligroso ahora: el partido que administra la responsabilidad del Estado no vale a junio del 82, en la bolsa electoral, más de 30 escaños. A Leopoldo Calvo-Sotelo no le pide nadie en junio del 82 lo que nadie pidió a Suárez en enero del 81, que dimitiesen, sino todo lo contrario: que engrasaran los ejes de la carreta. El miércoles, Madrid fue pasto del rumor. En unas horas, al mediodía, los golpistas se hicieron con los teléfonos: «Se va a formar un Gobierno presidido por Alvaro Lacalle.» «Los aviadores se negaron a desfilarse en Zaragoza.» Y así. Lo terrible es que muchos políticos se lo creían. El pánico entraba en los despachos: los líderes habían sido llamados a la Zarzuela, Carrillo estaba en el extranjero, el sueño de la derecha. Y, sobre todo, eso: un Gobierno cuya ilusión en la vida era llegar, como mucho, al 20 por 100, se sentaba en unas sillas de tijera. Y sin presentar recurso.

El video

Tras los visillos de «Maura» el suarismo lleva diez días aguardando. El 24 de mayo el partido tendría que haberle ido a buscar y sacarle, como los huertanos desolados, a la Virgen de la Fuencisla. Como a Napoleón a Santa Elena. Nadie fue. Los barones, casi con lágrimas en los ojos, descartaron su nombre. La cúpula bancaria también, en cuanto a grupo político. Ya decía Pío hace tiempo: «Sabes que has perdido cuando dejan de sonar tus teléfonos.» Suárez, que jamás aceptaría una silla de tijera, dejó de ser presidente en enero del 81 y dejó de ser prescindible en junio del 82. Sus pretorianos lo han intentado todo: un admirable artículo en «El País», una intoxicación a jóvenes periodistas sobre «un-últimatum-de-diez-días-a-la-Moncloa» y dos minutos de video en el «Telediario»: allí estaba, atrapado en un círculo blanco, en su escaño, con aquel enorme coraje del 23-F. Parecía que el largo dedo de televisión decía: «Ecce Homo». Suárez no será «el hombre del 83». Tampoco. Ucedé hubiera necesitado un patriarca, un árbitro, un Moisés. Pero no se puede arbitrar y jugar al tiempo. Revolotea el helicóptero que ha sustituido «al motorista», y te das cuenta que un año en democracia son como diez del viejo régimen: apenas un video rebobinado, zzzzzuuu, a mil por hora.